

Integración energética
hemisférica:

Una estrategia en la que todas las partes ganan

Ramón Espinasa

Debajo del muy cargado debate alrededor de la política de los Estados Unidos en el Medio Oriente yace una pregunta más vieja, pero no por ello menos urgente: ¿a la luz de la declinación de la capacidad de producción doméstica, cómo debe el consumidor más importante del mundo manejar su dependencia del petróleo importado?

Es bien conocido que los Estados Unidos muestran un déficit creciente de energía primaria. Las importaciones de petróleo se han triplicado en los últimos quince años. Han pasado de 3,5 millones de barriles diarios (MBD) a casi 11 MBD. Como fracción del consumo, las importaciones también se han triplicado, han pasado de 20% a 60% en el mismo período. El aumento del consumo y la declinación de la producción doméstica hacen a los Estados Unidos cada día más dependientes del petróleo importado.

Además, en los últimos quince años, los Estados Unidos se han hecho cada vez más dependientes de petróleo de origen extra hemisférico. Las importaciones de fuera del continente se han multiplicado por cinco, mientras que las de origen continental por dos, en los últimos tres lustros.

En la actualidad, alrededor del 50% de las importaciones de Estados Unidos provienen de países productores de otro continente, el grueso, de la zona del Golfo Pérsico, en

particular, de Arabia Saudita. Del 50% restante, alrededor de 30% proviene de Canadá y el 70% de América Latina y el Caribe.

La dependencia actual de Estados Unidos de petróleo extra-hemisférico es similar a la de 1973, cuando el embargo petrolero árabe provocó desabastecimiento de combustibles y que los precios del petróleo se multiplicaran por cuatro.

Si se mantienen las tendencias de los últimos quince años, en las próximas dos décadas Estados Unidos duplicará sus importaciones de petróleo. Si no aumenta el suministro continental, las importaciones extra-hemisféricas podrían llegar a representar el 75% del total de importaciones de los Estados Unidos para el año 2020.

La dependencia de petróleo importado, y en particular la creciente dependencia de fuentes de suministro inestables políticamente y cada vez más beligerantes, representa un problema estratégico mayúsculo para los Estados Unidos.

Más cerca y más confiable

Aun cuando tanto el público en general como los políticos están cada vez más conscientes de este problema, muy pocos observadores han mirado a América Latina y el Caribe como parte importante de la solución. Esto es lamentable, ya que la región tiene reservas de hidrocar-

buros más que suficientes para suplir las necesidades presentes y futuras de los Estados Unidos. Las reservas de petróleo de los países de ALC son siete veces las de los Estados Unidos (148 vs. 21 mil millones de barriles).

Si se mantienen las tendencias de los últimos quince años, los países de ALC duplicarán su producción de petróleo en los próximos veinte años. Sus exportaciones de petróleo se multiplicarán por dos veces y media y llegarán a 10 MBD. Estas exportaciones se dirigirán a su mercado natural: Estados Unidos.

Los países de ALC pudiesen llegar a suplir la mitad de las importaciones de los Estados Unidos en el 2020 y así reducir su vulnerabilidad y dependencia del petróleo proveniente de la zona del Golfo Pérsico.

Sin embargo, mantener la tendencia es un reto nada fácil para los países de ALC. La capacidad de producción ha aumentado en algo más de 50%, esto es 3,5 MBD, entre 1985 y 2000. Mantener la tendencia de estos tres lustros significa duplicar la capacidad actual de producción de 10 MBD a 20 MBD para el 2020. Esto es, el triple del esfuerzo que se hizo en los últimos 15 años.

No sólo constituye un reto de ingeniería y de capacidad de ejecución, sino también financiero. Duplicar la producción significa una inversión adicional a la necesaria para mantener la capacidad actual de unos

200.000 millones de dólares, en las próximas dos décadas.

Además, y quizá lo más importante, expandir la capacidad de producción de hidrocarburos requiere un esfuerzo de contratación muy importante entre los Estados nacionales, propietarios de las reservas, y las compañías petroleras productoras. Esta es una relación que históricamente ha sido muy tensa y ha estado impregnada de desconfianza mutua.

La presencia de rentas en la producción de petróleo; los riesgos geológicos y financieros inherentes a la actividad; los largos períodos de maduración y la singularidad y magnitud de las inversiones, son todas razones que hacen necesaria y compleja la contratación entre el Estado propietario y las empresas productoras nacionales y extranjeras.

Efectos Multiplicadores

Si bien constituye un reto mayúsculo, afrontar la oportunidad de mercado que abre la creciente brecha energética norteamericana representa una circunstancia única para un salto cuántico en el desarrollo de los países de la región.

El impacto en el crecimiento de duplicar la capacidad de producción de petróleo se estima en 20% del PIB regional actual. Ninguna otra industria individual se equipara en su impacto. Además se hace posible la creación de conglomeraciones

industriales en el vector de energía y la internalización de tecnologías de punta en una industria muy intensiva en tecnología.

Contribuir a suplir la brecha energética norteamericana constituye un reto y una oportunidad únicos en el desarrollo de los países de ALC.

En una estrategia de Integración Energética Hemisférica todas las partes ganan. Estados Unidos gana en seguridad de suministro al incrementar las importaciones de los países de ALC a los cuales lo unen vínculos geográficos, culturales y políticos. Los países de ALC ganan en inversiones, desarrollo económico y tecnológico. Los entes Multilaterales —el BID— ganan en términos de reputación, prestigio y ascendencia sobre los países del Hemisferio y, quizá más importante, ganan al cumplir su misión de integrar el hemisferio alrededor de lazos materiales concretos.

Ha llegado el momento para un debate abierto y constructivo en cuanto a cómo el aumento significativo de la producción de petróleo en América Latina y el Caribe puede contribuir a la integración hemisférica, al tiempo que se constituye en una palanca única para el desarrollo de la región.

•••••
Ramón Espinasa
Economista